

## **Códigos: Interpretación Imaginativa**

Carmelo Lisón Tolosana

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

El profesor Fernández de Rota, nos sorprende año tras año convocándonos a gozar de nuestra profesión en lugares excepcionalmente bellos y placenteros. ¿Qué puede haber más agradable?. Además los títulos, temas y carácter de las reuniones son siempre nuevos, punteros, provocantes, ubérrimos. Puedo asegurar que en ellas he gozado tanto como he aprendido; las recuerdo siempre, todas y cada una de ellas, con fruición y nostalgia. La de hoy nos proporciona una gran ocasión a los antropólogos hispanos para dialogar en profundidad con un conjunto excepcional de colegas americanos que han dedicado lo mejor de su acción campera y de su saber a interpretar nuestra pluralidad cultural. Compañía, lugar, momento y tema me parecen sumamente oportunos para hacer un alto en nuestro camino y repensar nuestra identidad profesional y nuestro futuro. Y ésto desde los dos lados del Atlántico y tanto en fusión de horizontes como en discrepancia académica. Como me preocupa el futuro de la disciplina —algo de lo que se apellida aquí Antropología dista mucho de serlo— voy a presentar un breve rampallo de ideas, mis ideas favoritas en este momento, en relación al futuro etnográfico pero que parten del presente, con el ruego de que los comentarios posteriores sean numerosos, críticos y sobre todo, imaginativos.

Momento y tema me parecen oportunos puesto que nos encontramos en una encrucijada en nuestra disciplina tanto si la sopesamos a nivel internacional como en módulo local; concretamente y en cuanto a éste último, nos acabamos de enfrentar a un tanto mediocres perspectivas y posibilidades —un tanto desaprovechadas— de encauzar y adaptar la Antropología a nuestra diversa geografía cultural a través de múltiples y diferenciados planes de estudio. La tiranía de la institucionalización académica tampoco ha ayudado; el convertirnos en homogéneos burócratas de la Antropología marchita la variación interna y seca en buena medida el manantial de la originalidad local; nos condena a repetir en lugar de incitarnos a imaginar y crear.

Por otra parte y en cuanto al otro más amplio nivel, el marxismo predominante en los años 60, el imperialismo avasallador del estructuralismo en la década de los 70 y el feminismo, narratividad y postmodernismo actuales no sólo han contribuido, con giros de muchos grados, al enriquecimiento teórico de nuestra profesión —aunque en grado diferente— sino que le han proporcionado nuevas y fértiles perspectivas de futuro. Podemos y debemos —estimo— aceptar el reto de este doble *Horizontverschmelzung* o fusión de horizontes interno-externos para, con la acumulación cualitativa de nuestro breve pasado, mirar con esperanza un futuro antropológico que, ciertamente, tenemos que dirigir, iluminar y potenciar. ¿Qué hacer nosotros hoy ? ¿Podemos contribuir en algo?. Esta es la pregunta que subyace a nuestro agradable encuentro internacional ferrolano.

Los ejes en torno a los cuales se puede articular, parte al menos, del debate sobre el futuro son, pienso, los siguientes:

- 1) Hemos pasado en nuestra historia disciplinar del preponderante estudio del exotismo a la reflexión sobre lo propio desde la postmodernidad.
- 2) Este nuevo enfoque incita a la investigación de nuevos objetos, temas y problemas, los cuales
- 3) exigen a su vez la actualización del conjunto de métodos y técnicas tradicionales.
- Por último, 4) a todo esto subyace una pregunta elemental pero decisiva, a saber: ¿qué forma, modo y estilo de vida vale la pena, según estudiados y antropólogos, vivir?.

La letanía de preguntas-problema que estos cuatro bloques introductorios suscitan es larga y compleja. He aquí algunos ejemplos: el

trabajo de campo en nuestra sociedad y el análisis de nuestra propia cultura suponen otro tipo de relación del antropólogo con lo y los investigados; necesario es afrontar tanto teórica como pragmáticamente esta nueva postura diferente a la tradicional. Nada hemos hecho hasta ahora. Otro ejemplo: ¿vale para todo la Antropología social o hay que limitarla a espacios, temas y tiempos analítica y sintéticamente, conceptual y prácticamente? ¿Circunscribimos la Antropología a una intensa reflexión crítica especulativa o debemos tomar parte activa aconsejando en la toma de decisiones urgentes y prácticas?. Hay que sopesar en debate abierto los pros y contras de ambas o terceras posiciones para tener, al menos, claridad conceptual respecto a un tema tan importante en la actualidad. En definitiva: ¿Podemos y debemos convertirnos en empresarios de lo social?. No es, desde luego, ésa mi aspiración profesional.

Pero, quizás, quedará más precisada mi personal posición frente al futuro de la Antropología —concretándome ahora sólo a nuestra geografía peninsular— si en lugar de continuar con interrogantes (aunque sean apremiantes) enumero mis *códigos* favoritos en el análisis metódico y sistemático de lo hispano. Comienzo por el *código cultural*. La imaginativa energía antropológica tiene como objeto fundamental, fundante, primario y constituyente el análisis de la cultura. Ciertamente que ninguna disciplina social tiene el monopolio del estudio de lo humano en ninguno de sus aspectos, pero lo nuestro sigue siendo, sin duda, la cultura. Cierto también que algunos colegas continúan de sabático en la Luna y aún no se han enterado, pero entre muchos de nosotros el acento agudo y el énfasis preferente continuado, están en lo cultural más que en lo social; éste contextualiza necesariamente y siempre a aquél pero nuestra atención principal y final va dirigida a la investigación de la pluralidad de sistemas simbólicos y a la multiplicidad de prácticas ordinarias, lúdicas, expresivas y rituales que objetivan cánones de pensamiento y explicitan modos de dar sentido a la vida. A través y por medio de la etnografía inmediata y vivida, fertilizada por la cuestionante reflexión antropológica intentamos desvelar lo envuelto, iluminar lo oculto, lo que no aparece, para, en atrevido salto final, alcanzar reflexiones abarcadoras, generalizantes sobre nuestra universal condición.

Nuevamente, en lugar de seguir a nivel desiderativo y proposicional sobre el *unicum anthropologicum*, voy a descender al *état des choses* con un ejemplo actual y concreto, abordando otro *código* al que necesariamente está llamada nuestra Antropología, al *urbano*. Sociólogos, antropólogos y geógrafos, entre otros, investigan el espacio urbano. ¿Elaboramos meticolosos mapas y coordenadas espaciales como éstos últimos? ¿Compilamos estadísticas extensivas como los primeros?. Sugiero que nuestro campo de acción es un especial universo urbano para cuyo análisis nos servimos de categorías tales como territorio, mapa mental, espacio simbólico-ritual, identidad, frontera, generaciones, dualidad sexual, familia (normal, separada, reagrupada), nómadas culturales, subdivisión y heterogeneidad (subculturas económicas, educativas, artísticas, literarias etc.). Nos preguntamos también sobre los *lieux* culturales múltiples, es decir, sobre el pluriculturalismo ciudadano, exploramos la dialéctica entre la reproducción de culturas tradicionales y la tendencia homogeneizadora a ese nivel, observamos la urbanización del agro, etc. A todo esto añadiría como preceptivo inquirir y semiotizar el *sensorium* cultural, tan relegado en nuestra etnografía, para poder formular y comprender mejor un conjunto de mensajes secretos que de otra manera se nos escapan.

No tiene sentido abdicar de nuestra especificidad. El concepto de cultura reemplaza cada vez más al de la sociedad en el postmodernismo. Han aparecido recientemente en el mundo anglosajón todo un conjunto de monografías con los siguientes, expresivos títulos: La cultura de la protesta, de la franqueza, del dolor, de la libertad, de la permisividad, de la solidaridad, del narcisismo, de la tolerancia, de la autenticidad, de la sensibilidad, de la risa, del conflicto, del ocio, del turismo etc. Todas estas obras retan al antropólogo a insistir en su denominación de origen, a subrayar su curiosidad por lo específico, a profundizar en su esencia.

*Código antro-po-histórico*: Voy a ser mucho más breve a continuación puesto que ya he indicado el núcleo y perfil de mi posición fundamental en las líneas anteriores. Al insistir en la historización de lo cultural en nuestras monografías aludo, claro está, a la necesidad de ver en profundidad temporal todo y cualquier fenómeno cultural; no tiene sentido que despreciemos el abundante material histórico que al alcance de la mano tenemos. Me refiero además, y principalmente ahora, a otra dimensión que, aunque

olvidada, reitera su llamada al antropólogo. La historia de España ganaría mucho en virtualidad interpretativa si la investigásemos en su constituyente y formativa pluralidad socio-cultural. Es imperioso hacer sentir en el devenir histórico del conjunto el peso específico de las afiliaciones plurales, la incorporación de la diferencia cultural, la constante tensión en el proceso unificador/diversificador. La historia hispana holística, aquélla que aglutina y funde el conjunto de ideas y experiencias compartidas con la vivencia de la diversidad cultural está todavía, en buena medida, por hacer. Y por último, quiero subrayar, una vez más, que el antropólogo ofrece una alternativa cultural al tratamiento histórico de un mismo tema. La imaginación antropológica, al aglutinar en un todo la creencia, el rito, el mito y la alegoría, más las creaciones poéticoliterarias y metafísicas de un pueblo en un momento determinado, aporta un texto complementario pero que descubre nuevas perspectivas y nuevas realidades ocultas, necesarias para la interpretación del hecho histórico. El material histórico puede y debe ser interpretado desde más de un género científico.

El diálogo intergenérico, la antropo-historia concretamente, potenciará y desbordará el documento de archivo forzándole a re-significar en forma multiestructurada y sobre todo hibridolizada. La conjunción de géneros interiluminará momentos y períodos históricos que de otra manera mostrarán sus caras ocultas o potenciarán, al menos sus zonas oscuras o áreas de penumbra.

*Código semántico:* Tenemos, creo, que acostumbrarnos a oír otras músicas —no siempre armónicas—, aquéllas que hacen vibrar las fuerzas en acción en la sociedad contemporánea. Nuestra particular aportación puede consistir en precisar la especificidad local y contraponer la esclarecedora comparación intercultural de los fenómenos y procesos actuales. Nuestro vocabulario fundamental cultural está contagiado de vaguedad, medra en el equívoco y agoniza en confusión. Una desbordante etnográfica descripción de las imágenes y representaciones locales variadas y de la potencia de los símbolos en torno al dolor, la enfermedad, el placer de vivir y la terribilidad del morir, el prolijo y riguroso exámen de la semanticidad cultural de nociones y prácticas tan cruciales como libertad, democracia, poder, autoridad, justicia, responsabilidad, irracionalidad, vio-

lencia, crimen, etnicidad, postcolonialismo etc., pueden decirnos mucho sobre quiénes somos y porqué hacemos lo que hacemos.

*Código religioso:* Extraña la relativa atención concedida por nuestras monografías antropológicas a fenómeno cultural tan omnipresente y configurante en nuestra historia. Los ritos de transición, las innumerables fiestas con sus cofradías, hermandades, ágapes, procesiones, emblemas, iconos y santos tutelares ofrecen una innegable dimensión de carácter sagrado que a su vez dignifica las divisiones jurídico-territoriales; más aún, esta cifra hermenéutica nos hace adivinar el carácter inequívocamente religioso de mucho pensamiento y actividad política actual. Un fino análisis cultural de la presencia de Nuestra Señora como *virgen y madre* de Dios en nuestro catolicismo tradicional podría arrojar luminosidad sobre un conjunto de valores actualmente en operación. El *código religioso* es importante y revelador a pesar de su aparente desfase y superficialidad; la institucionalización social de lo religioso y su estructuración cultural se muestran en acción hasta en los no creyentes de dicto o no practicantes. La matriz religiosa es visible en cualquier rincón de la Península; mucho aprenderíamos sobre la naturaleza de la creencia, sobre la racionalidad y sobre contradicciones mentales acercándonos al estudio del supuesto ateo, del cristiano proceso de descristianización, del blasfemo creyente etc. Curiosamente, las monografías que se acercan al tema religioso subrayan siempre y sólo el aspecto aparente: el negativo. No hay que olvidar que narraciones etiológicas sagradas (que han desbordado todas fronteras) jalonan la historia de España y que con nuestras supranacionales creaciones culturales de dominicos, jesuitas y Opus Dei hemos vertido a raudales catolicismo al exterior.

Este es mi empeño en llamar la atención sobre las complejas relaciones entre nuestra experiencia etnográfico-histórica personal y los significados colectivos he traído a fugaz consideración unas pocas cifras o claves que pueden ayudarnos en nuestro esfuerzo antropológico.

Todo código particular es deficiente en sí mismo, pero todos los que he mencionado —siempre que estén socialmente contextualizados— se imbrican de tal manera y forma que llegan a constituir algo así como una compleja intercodificación complementaria, unitiva y totalizante. Acabo

de sugerir cómo el *código religioso* implica y penetra en todos los demás y lo mismo podría mostrarse con cada uno de los otros con respecto al resto.

Pero hay algo más. Podemos aglutinarlos todos, los mencionados y los omitidos, bajo otro código tan imprescindible como fundamental y necesario: la *interpretación creadora*. Los códigos tienen por función realzar y significar tramos de experiencia humana. Cada código organiza sus propios mensajes combinados en signos complejos los cuales tienen que ser descodificados, descifrados, esto es, interpretados. Ahora bien, los signos etnográficos en su múltiple expresión vienen, por una parte, envueltos en contaminación lingüística (polisemia, ambigüedad, transitividad, analogía etc.), y por otra, alcanzan un grado de codificación mucho menor que los signos lógico-científicos. La razón es que aquéllos representan juicios y valores humanos, modos de aprehender las complejas relaciones sociales, formas en cifra, lo inefable, lo invisible, lo irracional, las creaciones mentales simbólicas, las mitologías de nuestro tiempo, la metafísica última de modos diversos de vida en los que el hombre es a la vez vehículo del significante y del significado. Pues bien, esta rica paleta cultural requiere, forzosamente y por serlo, de lectura a varias bandas, esto es, de una interpretación creadora. ¿Qué quiere decir esto?.

El hecho etnográfico que recogemos está señoreado por el significado; no disponemos de categorías precisas para apresar su riqueza toda: lo humano presenta siempre una plétora, una plusvalía, un exceso de humanidad. El hecho etnográfico nunca está ultimado ni acabado en su carácter expresivo, siempre puede sorprendernos con nuevas voces en respuesta a nuevas preguntas; siempre puede ser nuevamente estrujado en su enorme potencialidad, transformado y enriquecido si iterativamente lo cuestionamos; siempre podremos volver a perseguirlo en su multiforme dispersión espectral. La plasticidad interno-externa del hecho etnográfico invita al viaje de vuelta, a la peregrinación de regreso, a otra romería desde otro tiempo y con diferentes expectativas.

Procesos de anácrisis pueden revelar parte de la enorme potencialidad del hecho etnográfico, lo mismo que otras voces que hacen otras preguntas porque provienen de otras circunstancias. El significado crece ante nuevas perspectivas porque es flexible y adaptable aunque sin llegar a tergiversar o disminuir su núcleo semántico central. Hay plurales formas de

ver los múltiples modos de significar. En el hecho etnográfico hay muchos más sentidos que los originalmente mentados; esconde potenciales intencionales, a lo Bakhtin, intenciones encubiertas que hay que desarrollar, reconsiderar y reconceptualizar. Diferentes perspectivas y estancias, particulares moradas y nuevas posiciones epistémicas desvelan fecundas realidades ocultas o reacentúan las ya interpretadas. Un nuevo diálogo con la etnografía, un nuevo cuestionamiento, otro encuentro desde otro significado y plataforma pueden revelar nuevos estratos semánticos profundos, enriquecer el significado, ensancharlo, proyectarlo, explotarlo en estrella. Otros tiempos, espacios, intereses, geografías, dogmas científicos pasajeros y nuevas estrategias personales pueden recombinar, organizar y estructurar, suplementar e interiluminar, descubrir y describir segmentos de ese potencial todavía no realizado del hecho etnográfico.

Por todo lo que he dicho es obvio que pienso, primero, que sólo una interpretación poderosamente imaginativa y creadora, esto es, un acercamiento a la etnografía con exquisita sensibilidad, un encuentro co-creador con los datos, una percepción cuasi poética, en una palabra, hará justicia —hasta cierto punto— a la intraexistencia y a la extraexistencia de nuestro material, a la suprema riqueza del hecho humano. El núcleo del hecho antropológico sólo es penetrado a golpes de imaginación creadora. Hay que ir más allá de la Sociología si queremos militar en el campo de la Cultura.

Creo, en segundo lugar, que dentro de cierta proporción y *ratio*, la interpretación creadora va con la diferencia cultural, con el confrontamiento que provocado por la otredad, incita a la percepción y exploración de lo nuevo y diferente, de desconocidas capas semánticas. Como he indicado en otro lugar, el antropólogo debe justipreciar el lado positivo de la frontera, el potencial de la externalidad. La interpretación creadora tiene su inicial matriz provocante, base y fundamento sólido en esa ajenidad, en el hecho doble de que el intérprete está fuera, primero, del objeto de estudio, y segundo y además, porque su *locus* cultural está al margen, es exterior, viene de otro horizonte socio-mental, medra en otros dogmas y creencias.

Esta doble hipóstasis del antropólogo, esta radical —en su caso— alteridad crea las condiciones iniciales más favorables para alcanzar una experiencia profunda, aquélla que hace que el diálogo con el otro sea más



remunerante y fecundo. El antropólogo que llega de fuera viene provisto de un conjunto de recursos para ver y oír que le proporciona su ajenidad que no posee, y por tanto no domina, el nativo. El encuentro entre dos culturas es algo que el extraño tiene en su haber y que en ese grado y medida no experimentamos nosotros, aunque la variedad cultural hispana nos proporciona una impresión sucedánea como he indicado más arriba. El ajeno tiene su propio e inalienable contexto, su horizonte vivencial y sus credos y presunciones propios; percibe, primero, e interpreta después, desde su morada vital, desde su espacio y tiempo concretos, desde su cultura. Y desde sus prejuicios, temperamento e ideología, imaginación y creatividad, a lo Gadamer.

El horizonte lejano, el otro lado de la frontera, la alteridad mental, en una palabra, hacen ver, observar y oír otras cosas o de otra manera; la extranjería condiciona, en principio, la experiencia etnográfica de aquel que relegando a penumbra los *idola fori academici* sabe sumergirse en ella. La necesaria inmersión empática en el fluir de la vida arranca las máscaras con las que venimos académicamente disfrazados a la investigación de campo. Una cultura requiere la perspectiva de otra. Para alcanzar la interpretación creadora el antropólogo foráneo tiene que permanecer ajeno y extraño, quedarse fuera; el nativo tiene que resituarse, desfamiliarizarse. Es obvio que estoy describiendo la ajenidad en sus diferentes proporciones, matices y modos; lo que importa es el uso cultural de la otreridad.

Me gustaría, para terminar, incitar a nuestros colegas americanos, a potenciar las diferencias de contexto y cultura para explorar el potencial inconcluso de nuestra etnografía. Quiero aprovechar esta especial ocasión, en este magnífico Pazo, para sugerirles, si me lo permiten, especialmente a aquéllos que no prevean volver a la investigación campera, que releen y reconsideren su propio —y ajeno— material etnográfico para hacerle hablar de nuevo, resignificar en mayor profundidad y extensión, porque sin entrar en diálogo cuestionador desde el presente, y más aún, desde el futuro, el material rejuvenecerá en tonos, colores y voces no apreciados inicialmente. Sois insustituibles; os necesitamos para entendernos mejor.